



YANIS VAROUFAKIS

OTRA REALIDAD

¿CÓMO SERÍA UN MUNDO JUSTO Y
UNA SOCIEDAD IGUALITARIA?

CRÓNICAS DE UN PRESENTE ALTERNATIVO

Estamos en 2025. Hace años, tras la crisis financiera global de 2008, nació una nueva sociedad poscapitalista, un mundo nuevo y valiente en el que los principios de la democracia, la igualdad y la justicia están verdaderamente arraigados en la economía.

En su nuevo libro, Yanis Varoufakis, uno de los líderes políticos, económicos y morales de nuestro tiempo, nos ofrece una visión fascinante y ágil de esta realidad alternativa. Y lo hace recurriendo a los pensadores más importantes de la cultura europea, de Platón a Marx, así como a los experimentos mentales de la ciencia ficción. A través de los ojos de tres personajes –un economista liberal, una feminista radical y una experta en tecnología de izquierdas– entenderemos lo que es necesario para crear ese mundo, pero también cuál es el coste de hacerlo.

Una visión transformadora que nos obliga a enfrentarnos a las preguntas y *trade-offs* que fundamentan todas las sociedades: ¿cómo encontrar un equilibrio entre libertad y justicia? ¿Cómo potenciar lo mejor que puede ofrecer la humanidad sin abrir la puerta a lo peor?

Otra realidad responde a algunas de las preguntas más urgentes de la actualidad sobre el capitalismo, la democracia y la justicia social. Pero también nos desafía a considerar hasta dónde estamos dispuestos a llegar para lograr nuestros ideales.

Índice de contenido

Prólogo

1. La modernidad vencida

Iris

Eva

Costa

2. Otra realidad

Liberación

Una revisión del Anillo de los lidios

El poder del «para siempre»

El HALPEVAM

Cerbera

Diploma

3. Corpo-sindicalismo

Sin jefes, sin sueldos, sin problemas

Una persona, una acción, un voto

Acumulación: desigualdad democratizada

Patrimonio: un fondo fiduciario para cada niño

Dividendo: el derecho universal a los beneficios del capital social

La riqueza es como un lenguaje

Préstamos básicos y sencillos
¡TATIANA está viva!

4. Así murió el capitalismo

El fin de la banca
Los rebeldes OC
Tecno-rebeldes
De vuelta al ruedo

5. Comienza el ajuste de cuentas

Creer en lo imposible
Variedades de opresión
Titularidad líquida
¿Seguir el flujo evolutivo o coquetear con la extinción?
Liquidez electrificada
El nacimiento de la Tecnoestructura
El cesto y las manzanas podridas
¿La apuesta de un tonto?
La controversia de la cafetería
El sabático

6. Mercados sin capitalismo

Más personal que político
Fontaneros contra camareros
Dinero
Comercio

La tierra

Fronteras

Renacimiento digital

Un PIB sumamente degradado

¿Al rescate del mercado?

7. Problemas en el paraíso

Una cucaracha dura de pelar

Guerra al amor

Amor y muerte después del capitalismo

La crisis de 2022

Con verter lo superfluo no hay bastante

Liberarse del mercado

8. Vuelve el ajuste de cuentas

Toxoplasmosis digital

Corona contra crisis

Jeff contra Akwesi

Los infelices años veinte

Dóciles en la buena noche

9. Éxodo

Demasiado bien

¿Venís?

¿Adónde?

La soberanía del bien

¿Poder para hacer qué?

El paso

La locura de Hefesto

No hay vuelta atrás

Epílogo

Sobre el autor

Notas

Para Danaë,
sin quien otra realidad sería impensable;
y esta realidad, intolerable.

Prólogo

Hoy hace un año que enterramos a Iris en un ataúd rojo y negro. Rojo por el fuego revolucionario que ardía siempre en su vientre. Y negro para recordarnos, como ella nunca dejó de hacer, la existencia de un irreductible lado oscuro dentro de cada uno de nosotros.

El funeral de Iris transcurrió como ella habría querido, salvo por la ausencia de Eva en la ceremonia. Los homenajes dieron el encomio adecuado a mi extraordinaria amiga, pero las palabras no consiguieron llegarme. Habían pasado veinte años desde que había visto juntas a Iris y a Eva por última vez. Recuerdo que las dos estaban sentadas en el patio de Iris: Eva sostenía su habitual copa de Pinot Grigio e Iris la reprendía con sus frecuentes invectivas, que solo interrumpía para dar otro sorbo a un vaso de vodka bien frío. «¿Por qué extraña razón Iris decidiría acoger a Eva y ponerla bajo su manto protector?», recuerdo preguntarme.

Para una mujer que jamás habría podido concebir un mercado honesto, una guerra noble o una huelga injusta, aquella amistad resultaba más que improbable. Eva era una exempleada de un banco de inversión en pleno proceso de rehabilitación, reconvertida ahora en mordaz profesora de economía de corte conservador. Lejos de tener un carácter ganador, Eva personificaba la definición del cínico formulada por Oscar Wilde: alguien que lo sabe todo sobre precios, pero nada sobre valores.

–Y ni siquiera estoy segura de que sepa algo de precios. –Iris se había atrevido a añadir con cierta sorna en su presencia.

Sin embargo, mientras el ataúd de Iris se hundía en la tierra, la ausencia de Eva era una carga difícil de soportar.

Tras la desaparición de Iris y Eva, Costa era el único que quedaba de nuestra vieja banda. El día que murió Iris le envié un par de mensajes a un viejo número que todavía conservaba. Fue en vano. Resignado a soportar el funeral sin su compañía, me llevé una verdadera sorpresa cuando lo vi en un rincón. No era nada fácil descubrir su presencia: una figura solitaria apoyada en un plátano de sombra, que observaba desde la distancia mientras Iris descendía a su lugar de reposo.

Cuando los asistentes al funeral empezaron a dispersarse, decidí acercarme a donde estaba y, por fortuna, enseguida me di cuenta de que su expresión se iluminaba. Aunque ya no quedaba ni rastro de su entusiasmo juvenil, sus ojos todavía brillaban con aquella característica combinación de genio y sensibilidad. Pero, en cuanto nos pusimos a hablar, me pareció una persona agobiada y rayana en la paranoia, obsesionada con «el diario» y la importancia de que no cayera en las «manos equivocadas». Fue entonces cuando me di cuenta de que Iris se había confabulado con Costa antes de llamarme desde el hospital de curas paliativas, dos semanas antes de que su cuerpo se rindiera al cáncer.

Las llamadas de Iris llegaron a finales de junio de 2015, y me arrancaron de una reclusión que duraba ya dos décadas. La última vez que había visto a todo el grupo fue en agosto de 2015, cuando decidí dejarme caer por Brighton mientras mi vida entraba en las primeras fases de un colapso que no guardaba relación con ellos. Cuando entré en la habitación del hospital, Iris tuvo que esforzarse para incorporarse, decidida a reunir toda su menguante energía para recibirme. Se saltó los preliminares, señaló un

diario que descansaba sobre su mesilla de noche y me hizo un gesto para que lo cogiera.

–Viene con una directriz y una exigencia –susurró.

La directriz era clara. Tenía que centrarme en los «mensajes» contenidos en el diario y usarlos para «abrir los ojos del mundo a una posibilidad que es incapaz de imaginar sin un poco de ayuda». En cuanto a la exigencia, me hizo prometer que no revelaría los «detalles técnicos» que contenía.

–A su debido momento, entenderás lo que quiero decir –murmuró.

Por fin, en un intento de suavizar la situación, me dijo con la autoridad y la franqueza que la caracterizaban:

–Métete a fondo en el diario cuando esté muerta y enterrada. –Con el deseo de no molestarla más, la cogí de la mano y le hice la promesa que me exigía.

Poco podía imaginar que «a su debido momento» significaría que Costa iba a aparecer en su funeral para darme instrucciones, lo que hizo hasta quedarse afónico en un rincón del aparcamiento del cementerio. Cuando leyera el diario de Iris, me dijo, debía tomar precauciones con los corporativos.

–Iris quería que tú tuvieras su diario. Quería que alguien contara nuestra historia para que el mundo entienda que sí hay una alternativa. Pero también sé que te advertió de una única y estricta condición: ni el más mínimo detalle de la información relacionada con mis inventos, y que aparece en el diario, puede caer en sus manos. ¡Di en voz alta que lo has entendido!

Le aseguré de nuevo que sí, que lo entendía. Me miró fijamente a los ojos para confirmar que estaba siendo sincero.

–Todos estos años, Yango, no hemos comprendido bien lo que ocurría –dijo al final–. Sabíamos que todo lo que tenía que ver con nosotros mismos se estaba convirtiendo en una mercancía. Que todo lo que hacíamos y de-

cíamos se registraba y se vendía. Pero de lo que no nos habíamos dado cuenta era de que el proceso de digitalizarlo todo estaba proletarizando a todo el mundo, incluso a los jefes, a la gente con puestos de responsabilidad. Piensa en ello, Yango. Piensa en ello.

Ya había pasado una buena temporada desde la última vez en que me vi recibiendo un estallido verbal parecido, pero ahora, en cierto modo, me parecía mucho más conveniente, sobre todo si teníamos en cuenta que acabábamos de dar sepultura a la activista revolucionaria más brillante que jamás he conocido.

—¿Qué significa en realidad ser un proletario? —prosiguió Costa, sin esperar mi respuesta—. Déjame explicártelo. Desde mi amarga experiencia. Significa que solo eres un engranaje de un proceso de producción que depende por completo de todo lo que haces y piensas, mientras te excluye de ser nada más que su mero producto. Significa el fin de la soberanía, la conversión del valor de la experiencia en valor de cambio, la derrota final de la autonomía.

Sin ninguna pista de por qué me contaba todo aquello, me limité a darle la razón.

—Por eso *aún* estoy aquí, Yango. Por eso me he quedado en segundo plano. Para evitar nuestra derrota final a manos de esos cabrones. No puedo impedir que un día sean capaces de diseñarlo por su cuenta, pero que me muera aquí mismo si dejas que se queden con mi creación y la utilicen para exprimir la última gota de humanidad que queda en cada uno de nosotros.

Satisfecho tras haberme informado de todos los detalles, Costa sacó un aparato de su mochila y lo depositó en mis manos.

—Es un dispositivo inhibidor de campaña, a prueba de tontos —me dijo con cierto desdén. Me enseñó la manera de conectarlo para evitar que los «cabrones» pudieran acceder al diario de Iris.

Con la esperanza de ponernos al día después de tantos años, le propuse que fuéramos a cenar, o al menos a tomar una copa. Costa solo me miró a los ojos, me dio un fuerte abrazo y se marchó sin echar la vista atrás.

Mientras se alejaba, con los ojos clavados en el suelo, la letra de una melancólica canción griega que aprendí en mi adolescencia surgió de repente en mi cabeza.

*Anoche vi a un amigo vagabundeando,
una antigualla deforme sobre una motocicleta.
Los perros de la calle iban tras él
a través de las calles desiertas.*

Asimismo, también recordé a un visitante solemne, de mediana edad y que vestía un raído chubasquero, que una noche de invierno se presentó en nuestra casa, en Atenas, para entregarle a mi padre algunos libros medio destrozados de temática comunista.

—En 1946 compartimos una celda en comisaría —susurró papá con tristeza cuando su camarada se adentró en la noche fría y lluviosa unas horas más tarde.

Las palabras de Costa, sin embargo, también me recordaron a alguien más: a Sam, el personaje protagonista de una película de ciencia ficción. Sam es un minero que trabaja como un esclavo en la cara oculta de la Luna, y que se vuelve loco cuando descubre que solo es uno más de los numerosos clones fabricados por su empresa para disponer de un suministro constante de trabajadores baratos y desechables, y a quien además han engañado con una serie de recuerdos implantados para que crea que su familia, que falleció hace tiempo, todavía está viva en la Tierra, esperando su regreso. «La ciencia ficción es la arqueología del futuro», dijo en una ocasión un filósofo de izquierdas. Pero, hoy en día, está a punto de ofrecernos el mejor documental sobre nuestro presente.

Los funerales de mis amigos me suelen dejar aletargado, pero más o menos funcional. Sin embargo, al volver del cementerio después del funeral de Iris, me costó bastante recuperar mi presente. El diario encuadernado en piel que Iris me había entregado descansaba tentador en mi escritorio. Lo ignoré durante el resto de la jornada, pero al día siguiente, a primera hora de la mañana, no pude hacer otra cosa que rendirme. Me senté frente al escritorio y abrí su pesada tapa.

Dos flechas rojas invadieron mi campo de visión cuando las lentillas de realidad híbrida detectaron el contenido audiovisual del diario. En una reacción instintiva, apagué la interfaz háptica y cerré el libro de golpe. Costa me había ordenado explícitamente que conectara el dispositivo inhibidor de frecuencias antes de abrir el diario. Avergonzado por mi error, me levanté de la silla para ir a buscarlo. Solo cuando el dispositivo estuvo por fin sobre la mesa, emitiendo un zumbido de lo más reconfortante, tuve la oportunidad de sumergirme en los recuerdos de Iris en una situación insólita: en total privacidad.

Tardé nueve días y nueve noches en revisar todo el diario y asimilar los recuerdos manuscritos de Iris, así como el contenido audiovisual incluido en sus páginas. A mitad de camino, me encontré con los extraordinarios sucesos del año 2025, en los que Costa, Eva y ella misma se vieron involucrados, y fui capaz de entender por qué Iris estaba tan empeñada en que alguien contara su historia. Cuando llegué por fin al final, y durante dos largos meses, me costó esquivar la necesidad de ponerme a hacer lo que siempre hago cuando estoy inquieto o he perdido el equilibrio: escribir. Así que utilicé aquellos sesenta días para digerir bien el material, y para leerlo, verlo y escucharlo una y otra vez.

El relato contenido en el diario de Iris me afectó profundamente. Iris sabía que eso era lo que iba a ocurrir, como también sabía que me resultaría imposible no ponerlo

en palabras, para bien o para mal. El libro que estás a punto de leer, querido lector, ha requerido nueve años y medio para hacerse realidad. Y, así, justo un año después de que enterráramos a Iris en aquel ataúd rojo y negro, estoy a punto, solo con pulsar una tecla, de enviar el manuscrito a su editor. Ojalá Iris pudiera decirme de alguna forma qué me he dejado en el tintero.

El grueso del diario, y gran parte de lo que sigue a continuación, adopta la forma de una serie de diálogos. Iris estaba mucho más interesada en los debates intelectuales y políticos que en los acontecimientos que los habían provocado. En un intento de hacer justicia a las ideas y los puntos de vista de mis amigos, me ha parecido necesario narrar aquellos debates como si yo hubiera sido testigo de los mismos, con la pretensión de haber vivido un pasado del que estuve ausente para poder completar unas conversaciones en las que nunca participé. En el proceso, me he visto en la necesidad de atribuir a Iris, Eva y Costa unas ideas y emociones que son producto de mi imaginación; aunque solo lo he hecho porque tenía la sensación de que esos añadidos eran cruciales para transmitir la esencia de sus experiencias; para contar quiénes eran en realidad todas esas buenas personas. Por las libertades que me he tomado, y por los errores que he cometido, me disculpo profusa y felizmente.

*YANGO VARO, 10.05 a. m.
Sábado, 28 de julio de 2036*

1

La modernidad vencida

Iris

Iris y yo nos conocimos en la distopía que era la vida universitaria inglesa. Ambos estábamos deprimidos, ella en Sussex y yo en Essex. «Sexo [sex] con un prefijo», solíamos bromear. A principios de 1982 nuestros caminos se cruzaron por primera vez. Fue en la London School of Economics, en uno de los innumerables encuentros organizados por activistas de izquierdas con el propósito de combatir el thatcherismo. Tras dos horas escuchando a oradores tediosos, que se dedicaban a echar los hígados desde el escenario, Iris se levantó para hacer su aportación. Estuvo magnífica.

—Mientras escuchaba a los oradores anteriores —dijo en un tono resuelto pero jovial—, no dejaba de pensar en mi interior: ¡Dadme a Maggie Thatcher, siempre! —Como resultaba evidente que disfrutaba con las expresiones de consternación del público, continuó—: A diferencia de vosotros, mis queridos amigos, Maggie lo ha comprendido. Vivimos en un momento revolucionario. El armisticio de la guerra de clases ha terminado. Si queremos defender a los débiles, no podemos ir a la defensiva. Tenemos que defender lo mismo que ella: acabemos con el viejo sistema; y traigamos uno completamente nuevo. No el sistema